

EL MOVIMIENTO DE LA PSICOLOGÍA HUMANISTA Y SU RELACIÓN CON LA PSICOLOGÍA CIENTÍFICA*

0. Preámbulo

No se pretende aquí presentar propiamente una investigación científica, sino un trabajo recopilativo y de síntesis -con algunas reflexiones complementarias sobre determinados aspectos histórico-psicológicos relacionables con el tema general de la crisis de la psicología contemporánea. Sin embargo ha parecido posible que, dentro de la brevedad de estas páginas, se presentase siquiera un planteamiento y esbozo de una posible investigación teórica cuya hipótesis puede formularse de la siguiente manera: Si la psicología no científica humanista (fenomenológico-existencialista) -y en buena parte la psicoanalítico precientífica- realiza un trabajo de colaboración con los paradigmas científicos vigentes en la psicología, se producirán consecuencias favorables para ambas partes, y especialmente para el progreso en el conocimiento del hombre.

Mi idea inicial era dedicar una particular atención al tema de la creatividad como campo de confluencias de investigaciones de enfoque psicológico humanista, y científico, especialmente del paradigma R-R. Sobre ello tengo abundante material recopilado a partir del cual pueden apreciarse conclusiones coincidentes sobre las características de la personalidad creadora en parte de investigadores procedentes del paradigma R-R y del enfoque humanista. En algunos casos puede considerarse que la fase de creación de hipótesis ha sido aportación principalmente de psicólogos humanistas -también de psicoanalistas- pero la labor de registro concienzudo de las observaciones conducentes a la verificación de las hipótesis ha sido un quehacer a cargo de los psicólogos del paradigma R-R. Sin embargo he decidido suprimir del trabajo esta cuestión, pues me hubiese alargado excesivamente.

Aparte de unas aclaraciones informativas sobre el Movimiento de la Psicología Humanista y sobre su relación con los paradigmas científicos vigentes, el trabajo trata de ilustrar con tres ejemplos los intentos de colaboración entre los puntos de vista de la observación científica objetiva y del análisis fenomenológico. Para ello presento un ejemplo de investigación empírica de MacKinnon confirmadora de hipótesis de O. Rank, claro precursor de la orientación humanista. A continuación muestro las aportaciones de Rogers y de Rollo May a favor de la complementariedad de ambos enfoques, como requisito para evitar las limitaciones tanto del cientifismo como de la fenomenología existencial.

1. El Movimiento de la Psicología Humanista, al margen de los paradigmas psicológicos científicos.

1.1. Paradigmas vigentes en la crisis contemporánea de la psicología

* Este trabajo se publicó por R. Rosal como artículo, en 1982, en el número 1 de la Revista de Psiquiatría y Psicología Humanista. Un resumen de él había constituido la primera ponencia del Primer Congreso Nacional de Psicología Humanista, celebrado en Barcelona en 1981.

1.1.1. Noción de paradigma según Kuhn.

Antes de pasar a una descripción breve de lo que constituye el Movimiento denominado "Psicología Humanista", creo oportuno ofrecer una presentación esquemática del concepto de paradigma de Kuhn y de la aplicación que del mismo hace Caparrós en la investigación histórica de la psicología y en su constatación del carácter multiparadigmático de la misma.

La aportación de Kuhn a la historia de las ciencias, con su noción de paradigma, se sitúa dentro del enfoque iniciado por K. Popper frente al optimismo gnoseológico de los positivistas y que concluye que si bien hay que reconocer que "es posible una aproximación a la verdad", sin embargo "El saber seguro nos está negado. Nuestro saber es una conjetura crítica, un retículo de hipótesis, una trama de suposiciones", tal como afirmaba Popper, ya en 1959, en su obra *The logic of scientific discovery*.

Popper ya había declarado en alguna ocasión, que una teoría sólo queda desechada cuando se consolida otra que la pueda reemplazar, por resolver de forma más completa los problemas científicos que hayan surgido. El mero hecho de que aparezcan determinadas contradicciones para la teoría o problemas irresolubles no ha sido razón suficiente en contra de su persistencia. Kuhn avanzará más que Popper en el rechazo del optimismo positivista al sostener que cuando se confirma un cambio de "paradigma", esto no se basará como pensaba Popper en análisis y pruebas racionales estrictas, o en un proceso de rigurosa verificación y falsificación, sino en un proceso de sustitución en parte racional y en parte irracional acompañado normalmente de apasionadas polémicas. El concepto kuhniano de paradigma lo resume Caparrós diciendo que

no es más que un patrón de investigación científica, que, basado en una o más realizaciones pasadas, es asumido por una comunidad científica particular para su práctica posterior; su función es definir los problemas y los métodos de investigación e incluiría leyes, teorías, ámbitos de aplicación e instrumentación. [...] Tales realizaciones paradigmáticas carecen, por una parte, de precedentes que puedan atraer partidarios de forma duradera, y, por otra, son lo suficientemente incompletas e inacabadas como para dejar muchos problemas pendientes de solución. El ingreso en una comunidad científica vendría dado precisamente por el estudio del paradigma correspondiente (Caparrós, 1979, p. 16).

Indico esquemáticamente, a continuación, otros aspectos concretos relacionados con esta noción kuhniana de paradigma, a la vista de la exposición del tema por Caparrós. a) El distintivo de una ciencia que ha alcanzado la madurez es el hecho de que posea su paradigma, lo que implica que una escuela se ha impuesto sobre las que coexistían en la etapa inicial. b) Normalmente la praxis científica consiste en un conjunto de esfuerzos por lograr que la realidad natural se adapte a la estructura del paradigma más que en una indagación creativa de hechos o teorías originales. c) De todas formas, periódicamente la Investigación paradigmática muestra su capacidad de experimentar cambios en el paradigma, lo cual se debe unas veces al descubrimiento de hechos inesperados, y otras a la intuición de teorías nuevas. d) Cuando estos factores dan pie a la constatación de anomalías que contradicen las previsiones paradigmáticas, la comunidad científica intentará por todos los medios realizar los reajustes precisos, para poderlas asimilar, tarea que irá acompañada de resistencias por parte de miembros de la misma. e) Si las anomalías dan lugar a una auténtica crisis que no logra superarse, se manifestará una tendencia a la reflexión filosófica sobre los fundamentos de la propia disciplina,

y a la mayor disposición al ejercicio de la inventiva. En este trance puede ocurrir que se presente un nuevo paradigma que, coincidiendo con la debilitación del anterior, logre imponerse y le sustituya. Con esto se habrá producido una "revolución científica". f) El surgimiento y consolidación de un paradigma nuevo no impide que éste incorpore del anterior muchos de sus elementos conceptuales y metodológicos, "aunque en la medida en que una revolución supone una nueva concepción del mundo para el científico, tales elementos se insertarían en un orden de relaciones y en un contexto completamente diferentes" (Caparrós, 1979, p. 87).

Prescindo aquí de lo referente a la polémica suscitada por la obra de Kuhn, La estructura de las revoluciones científicas, y las críticas a la misma en especial la de Paul Feyerabend (1975). Solamente indico que este autor se lamenta, entre otros aspectos, de que los escritos de Kuhn son ambiguos al no poder el lector encontrar una clara respuesta al siguiente interrogante (en su intento de interpretar la intención de Kuhn): "¿Se nos presentan aquí unas prescripciones metodológicas que dicen al científico cómo debe proceder, o se nos da una descripción vacía de todo elemento valorativo, de aquellas actividades que generalmente se llaman científicas?" (Feyerabend [1975], p. 349).

1.1.2. La Psicología como ciencia multiparadigmática.

Aunque Kuhn concibió su noción de paradigma a partir de las ciencias naturales y el hecho de las revoluciones científicas manifestadas en su desarrollo histórico, este autor se refiere también al tema de las ciencias sociales, mostrándose consciente de su importancia, y dotado de un destacable conocimiento en especial de la psicología, dando pie con ello a que se le haya acusado de psicologismo*.

En principio, la presencia de más de un paradigma simultáneo en la psicología (como en otras ciencias sociales) -en especial en la "época de las escuelas"- dio lugar a que Kuhn declarase en 1962 que las ciencias sociales no habían superado todavía la fase preparadigmática, lo cual también era confirmado por la abundancia de investigaciones sobre sus propios fundamentos. Sin embargo en su *Postdata: 1969* el autor rectifica su anterior hipótesis de que la madurez de una ciencia requería la unicidad paradigmática.

La naturaleza de esa transición a la madurez merece una más amplia discusión que la dada en este libro, particularmente por aquellos interesados en el desarrollo de las ciencias sociales contemporáneas. A este propósito, puede ayudar el señalar que la transición no necesita -ahora considero que no debe- estar asociada con la primera adquisición de un paradigma [...]. Los cambios que se efectúan con la transición a la madurez no se deben a la presencia de un paradigma sino más bien a su naturaleza (Kuhn [1980], pp. 274s.).

Es decir, la aplicación del concepto de paradigma en la interpretación de la historia de la psicología es factible siempre que dicha noción se emplee de forma flexible y analógica -en la línea de lo reconocido por Kuhn en la cita anterior- al igual que, como dice Caparrós, ha sido preciso reajustar el método científico concebido para las ciencias naturales al tratar de adaptarlo a las ciencias humanas.

Aclarados estos puntos, una visión esquemática de la situación contemporánea de la psicología, en cuanto a los paradigmas vigentes, puede ser la siguiente:

* La base de lo desarrollado en este apartado se encuentra principalmente en A. Caparrós, 1978, 85-107, y 1979, 19-22.

a) Tiende a producirse una coincidencia entre los intérpretes de la historia de la psicología, con el auxilio de la teoría de Kuhn, en reconocer como primer paradigma surgido al introspeccionista, iniciado por Wundt, y normalmente denominado estructuralista por los americanos. Titchener presentó la manifestación más coherente y completa del mismo.

b) Dentro del primer tercio del presente siglo se produjo la primera revolución importante en la psicología, dándose lugar al surgimiento y consolidación del paradigma conductista -en el marco de la psicología experimental- y el decaimiento del estructuralista, con la consiguiente asimilación por parte del primero de elementos del segundo -por ejemplo en cuanto a su actitud asociacionista- "de forma que en algún sentido el asociacionismo de éste sería a nivel mental lo que el de aquél fue y es a nivel conductual" (Caparrós, 1978, p. 87).

c) Otras escuelas que desde distintos ángulos implicaban también en parte una reacción frente al estructuralismo -y en buena parte respecto a su asociacionismo- como la Gestalt, el Psicoanálisis, el Funcionalismo, y por supuesto, los enfoques germanos comprensivos y fenomenológicos, no alcanzaron la fuerza difusiva de la comunidad científica conductista, quedando relegados a un segundo plano, lo cual no les impidió seguir sobreviviendo.

d) El predominio paradigmático del Conductismo se ha mantenido a pesar de las anomalías que se le han ido presentando, en especial por no poder dar solución a problemas que les han sido planteados principalmente por la Gestalt y por los teóricos de la personalidad. Ya se ha indicado que, según la teoría de Kuhn, estas dificultades no dan lugar todavía a la retirada de un paradigma, sino a posibles reajustes. Sólo la emergencia gradual de un nuevo paradigma cognitivista, en el transcurso de los últimos veinticinco años ha provocado una auténtica crisis paradigmática del conductismo.

e) Es destacable el fenómeno del paradigma característico de la psicología diferencial -el denominado R-R-, muy anterior al E-R, dado que ya coexistía en su tiempo con el introspeccionista, y cuya relación con el paradigma conductista, más que de oposición, es de complementación -dentro de la psicología científica- ya que si aquél se centra ante todo en la verificación experimental, éste se ocupa de garantizar la precisión en el método observacional, por medio de la práctica rigurosa de la medida de las respuestas correlacionables.

Las investigaciones en colaboración de ambos paradigmas realizadas en Iowa y Yale sobre la ansiedad, las escalas genético-evolutivas realizadas por Nassefat, Pinard y otros, a partir de las hipótesis de Piaget, diversas investigaciones sobre la creatividad, y los trabajos de Eysenck son ejemplos prácticos del carácter complementario señalado de estos paradigmas.

La posición adecuada para el psicoanálisis en este esquema resulta ambigua. Según Caparrós:

mantenemos con toda firmeza que el paradigma conductista es el responsable central de la identidad científica de la psicología durante dicho período (hasta la crisis reciente), que secundariamente lo es el R-R, y que en él el psicoanálisis no superó el status preparadigmático (Caparrós [1978], p. 87).

Por una parte, los psicoanalistas parece que constituyen una comunidad -con aspiración científica- que, a pesar de sus diversas escuelas, posee una cierta unidad interna, cuyos miembros trabajan a partir de algunos postulados teóricos y criterios metodológicos comunes y que poseen unos procedimientos institucionalizados para la capacitación de sus miembros y para la comunicación entre los mismos. Es decir, parece que el psicoanálisis posee las notas integrantes de la noción kuhniana de paradigma, salvo el hecho de que no han llegado todavía a asumir satisfactoriamente las exigencias metodológicas científicas.

Durante el periodo neoconductista de los años veinte a los cincuenta, con la acentuada concentración de la psicología experimental en las cuestiones metodológicas se produce un vacío en otros contenidos que facilita una receptividad hacia las aportaciones psicoanalíticas, en lo referente a motivaciones, personalidad, y procedimientos terapéuticos, etcétera. Sin embargo la posterior apertura de la psicología experimental hacia estas cuestiones, a la vez que el gradual surgimiento del cognitivism, ha vuelto a producir un alejamiento respecto al clan psicoanalítico, que por su parte ha seguido en conjunto estancado en sus deficiencias metodológicas. El pronóstico de Caparrós es que

el futuro del psicoanálisis dentro de la comunidad científica general depende en gran manera de que su desarrollo se encamine hacia rutas abiertas a la superación de su status epistemológico actual mediante una definitiva, profunda y plena respuesta a las exigencias metodológico-científicas (Caparrós [1978], p. 90).

g) La creciente generalización del convencimiento -en los últimos años- de la invalidez de un enfoque reduccionista, que trate de explicar los procesos psicológicos superiores exclusivamente por los inferiores, es un factor importante en el decaimiento de la supremacía del paradigma conductista y de su sustitución gradual por el cognitivista, al menos cuando se trata de abordar aquellas dimensiones más complejas del psiquismo humano. Se produce, por consiguiente, una cierta distribución del quehacer investigador entre estos dos paradigmas -aparte de lo indicado del paradigma diferencial- a partir del reconocimiento de la complejidad dimensional del objeto de la psicología.

h) Así como el psicoanálisis no puede incluirse en rigor entre los paradigmas científicos vigentes -sólo puede hablarse de preparadigma científico o paradigma precientífico- tampoco puede atribuirse aquella noción a las psicologías fenomenológica y existencialista y a la reciente Psicología Humanista que constituye una revitalización de aquellas, especialmente por la vía de las técnicas terapéuticas grupales o más bien los denominados "grupos para el crecimiento personal".

La diferencia en este caso, respecto al psicoanálisis, consiste en que -al menos en conjunto- no aparece en la Psicología Humanista una aspiración al status de saber rigurosamente científico. Sin embargo habría que indicar algunas excepciones importantes como la de Rogers, a quien nos referimos más adelante. También considero el hecho -no omitido por Caparrós- de la revolución que ha supuesto la Psicología Humanista respecto al Psicoanálisis -prescindiendo aquí del carácter no paradigmático-científico de la misma- "análoga a la que el paradigma cognitivo representa para el conductismo" (Caparrós, 1978, p. 90).

1.2. El Movimiento de la Psicología Humanista.

1.2.1. Fuentes informativas acerca de la Psicología Humanista

Para una información general sobre las características del Movimiento de la Psicología Humanista, sus antecedentes históricos-fenomenológicos, existencialistas, neopsicoanalíticos, orientales, etcétera y sus interpretaciones predominantes sobre la personalidad y su autorrealización, las relaciones interpersonales y las técnicas grupales para el crecimiento personal, las primeras publicaciones más citadas aparecen en los años sesenta y setenta. Pueden destacarse las obras siguientes: J.F.T. Bugental (Ed), *Challenges of humanistic psychology* (1967), Ch. Buhler y M. Allen, *Introduction to Humanistic Psychology* (1972); H. Misiak y V.S. Sexton, *Phenomenological, existential and humanistic psychologies* (1973); A. Ancelin-Schutzenberger, *Nuevas terapias de grupo* (1977). La obra de Misiak y Sexton es indudablemente la más lograda, al menos dentro de una perspectiva histórico psicológica. Caparrós hace especial referencia a ella en su denso apartado sobre la Psicología Humanista incluido en su *Introducción histórica a la psicología contemporánea* (1979, 403-422). En cambio, es poco lo que aporta el capítulo de S. Stansfeld Sargent, "Enfoque humanístico de la personalidad", incluido en B. B. Wolman (Ed), *Manual de Psicología General*, vol. IV ([1973] 1980, pp. 342-360).

Para una información más precisa sobre los diversos métodos grupales (o también individuales), para la psicoterapia y el crecimiento personal hay que recurrir a las publicaciones de los respectivos iniciadores de las mismas, destacándose J.L. Moreno, iniciador del psicodrama, de frecuente utilización combinada con los restantes métodos grupales; C. Rogers, consagrado plenamente en su última etapa a sus "grupos de encuentro" de orientación humanista, y cuyo enfoque centrado en el cliente está muy presente en buena parte de los otros modelos terapéuticos humanistas; Fritz S. Perls, que con su Gestalt Therapy (o autopsicodrama imaginario) también ofrece uno de los modelos de mayor aceptación; Eric Berne, máximo iniciador y representante del Análisis Transaccional, sobre el cual disponemos de una recopilación exhaustiva bibliográfica hasta 1978 en la obra de M. Brown y T. Kahler, *Notations: A guide to T.A. literature*; William Schutz, autor de otro tipo de "grupos de encuentro" diferenciados de los de Rogers; Alexander Lowen, creador y representante principal de la Bioenergética, con fuerte influencia de Wilhem Reich; refiriéndome, con esta relación a los autores de mayor renombre en la vertiente terapéutica grupal de la Psicología Humanista, y omitiendo a los representantes destacables de una variedad de procedimientos terapéuticos apoyados en el masaje, la danza, el grito, y todo el abanico de aportaciones orientales ampliamente presentes en los Congresos anuales de Psicología Humanista que se han ido celebrando principalmente en América del Norte y en Europa.

Si interesa más bien obtener información sobre aspectos teóricos de este Movimiento, predominantemente en relación con sus teorías de la personalidad, el proceso de autorrealización o de crecimiento personal, la actitud creadora, las relaciones interpersonales, las "experiencias cumbre", etcétera, habrá que recurrir, aparte de los ya citados Rogers y Berne, a otros como Abraham Maslow, Rollo May, psicólogo existencialista participante destacado de los Congresos de Psicología Humanista, J.F.T. Bugental (que fue el primer presidente de la *American Association for Humanistic Psychology*); Charlotte Buhler, Sydney M. Jourard y Clark Moustakas, entre otros. Asimismo hay que tener en cuenta a una diversidad de psicólogos anteriores que influyen notablemente con sus enfoques en los

iniciadores del Movimiento, y que se caracterizaban por su resistencia a aceptar una concepción de la psicología reducida a la ciencia natural, por su tendencia a investigar la personalidad considerada holísticamente, por su acentuado interés por aspectos muy peculiares del hombre (creatividad, valores, amor, intencionalidad, etcétera), por una interpretación de la "naturaleza" humana más optimista que la freudiana, y por la relación de buena parte de ellas con los enfoques fenomenológico y existencialista. Entre los psicoanalistas disidentes de Freud o neofreudianos pueden señalarse aportaciones de Jung, Adler, Rank, Ferenczi, Fromm, Horney, Murray, Moreno. Entre los más vinculados a la metodología fenomenológica o a la psicología existencialista, o a ambas (no fáciles de separar), están Buytendijk, Merleau-Ponty, Lersch, Allport, Murphy, más bien entre los primeros, y Binswanger, May, Van Kaen, Frankl y Laing entre los típicamente existencialistas. No omitimos a dos psicólogos cuyo influjo también ha sido destacable en este Movimiento, como son Goldstein (cuyo concepto de autorrealización es la base del de Maslow entre otros) y Lewin, promotor destacado de la experiencia grupal terapéutica. Todos estos autores, entre otros, a pesar de la diversidad de sus interpretaciones, tienen una serie de elementos que les hacen afines como los indicados arriba, y también su recelo y rechazo decidido frente a una manera de interpretar al hombre de signo mecanicista, reduccionista y extremadamente determinista, tal como ellos veían, en general, caracterizados tanto a los conductistas como también a buena parte de los psicoanalistas freudianos ortodoxos.

1.2.2. Identidad del Movimiento de la Psicología Humanista

Una vez indicados una serie de autores a los que conviene acudir para ir perfilando las hipótesis dominantes sobre la personalidad humana y las técnicas para el crecimiento personal entre los psicólogos de orientación humanista, queda todavía pendiente de respuesta la cuestión preliminar: ¿qué es la Psicología Humanista? Conviene precisar desde el principio que no nos encontramos con ella ante una escuela de psicología con un iniciador o creador principal de unas hipótesis y unos discípulos o continuadores de sus investigaciones que, con mayor o menor ortodoxia en el mantenimiento de los postulados básicos del maestro, van contribuyendo al desarrollo de las virtualidades de los mismos, a la verificación de las hipótesis en nuevas situaciones, a su aplicación práctica en nuevos campos, y a la elaboración de los reajustes necesarios cuando la realidad de los hechos lo vaya exigiendo. De hecho, dentro del marco de la Psicología Humanista encontramos en la actualidad un amplio abanico de escuelas, aparte de teóricos y psicoterapeutas independientes, o que como Rogers, son refractarios a que sus seguidores configuren una escuela. "Me he alejado tanto de esa idea que a veces creo que he ido demasiado lejos. Pero, de todos modos, aborrezco la noción de escuela de pensamiento porque creo que propende a la rigidez" (Cit. en Gondra, 1978, p. 293).

Entre las escuelas surgidas en el ámbito de la Psicología Humanista podemos citar las tres principales surgidas en el modelo del Análisis Transaccional: la Escuela clásica, la Escuela Cathexis promovida por Jacqui Lee Schiff, y la Escuela de la Redecisión, promovida por Robert y Mary Goulding; la escuela de Alexander Lowen en Bioenergética, por ceñirme a dos de las más estructuradas. A pesar del particular papel que Abraham Maslow ha jugado en el surgimiento de este

Movimiento, él era el primero en evitar ser constituido como iniciador de una escuela, y ni siquiera aceptaba ser considerado iniciador del "Movimiento" de la Psicología Humanista, insistiendo en que éste había ido apareciendo de forma más o menos simultánea en el modo de pensar y sentir de una serie de autores norteamericanos, europeos, y en cierto sentido también orientales.

A Maslow se le llamó el fundador de la Psicología Humanística aunque él mismo dijo en 1970 que la Psicología Humanística 'es el trabajo de muchos hombres' que no tiene 'ningún líder singular ni un gran nombre por el cual se le caracterice'. Entre los muchos de los cuales él recibió inspiración estuvieron Erich Fromm, Kurt Goldstein, Karen Horney, Gordon Allport y Henry Murray (Misiak y Sexton, 1973, p. 111).

Tampoco, por el momento, parece aceptable calificar la Psicología Humanista de nuevo paradigma, aún en el caso de que prescindiésemos de que hasta la actualidad solamente se ha empleado este término para referirse a grupos que trabajan de acuerdo con los objetivos, metodología y técnicas de la ciencia natural, y propusiésemos su empleo para grupos cuya metodología principal fuese la fenomenológica, de origen filosófico. Aún en este caso todavía no se daría el mínimo suficiente de denominador común en contenidos teóricos, sistemas de aprendizaje, etcétera, que de todas formas requiere el concepto de paradigma. No pudiendo atribuirle los términos de escuela, ni tampoco el de paradigma -al menos por el momento- parece que lo más adecuado es considerarlo como un "Movimiento" constituido por un conjunto muy variado de investigadores sobre la personalidad humana, y creadores de metodologías terapéuticas, para el crecimiento personal, educativas y lúdicas, a los que les une primordialmente su actitud de insatisfacción y su convencimiento de, al menos, la insuficiencia de las aportaciones de los paradigmas conductista, psicoanalítico y, posteriormente, el cognitivo. El paradigma R-R les preocupa menos, probablemente, porque las pretensiones de éste son más especializadas, menos abarcativas, y sus miembros tienden a partir de la base de ocuparse sólo de una parcela en la ciencia y técnica psicológicas. En cuanto a los contenidos objeto de su interés, el nuevo paradigma cognitivo presenta algunas afinidades importantes, dada su atención preferente a dimensiones complejas del hombre y menos supeditadas a la primacía de lo inconsciente que otros autores.

En última instancia, si se pretende definir o al menos describir el significado de la etiqueta "Psicología Humanista" lo más correcto es escuchar a los que la acuñaron y atenerse a lo que ellos querían expresar con la misma. Veamos un par de estas fuentes. Maslow, en 1954, define la Psicología Humanista como "gente que está interesada en el estudio científico de la creatividad, el amor, los valores superiores, la autonomía, el crecimiento, la autorrealización, la gratificación de las necesidades humanas, etcétera" (Cit. en Misiak y Sexton, 1973, p. 111). Bugental, el que fue el primer presidente de la Asociación (entonces llamada "Americana") de Psicología Humanista, presentaba en 1964 los cinco postulados básicos de la misma. En resumen se trata de los siguientes: 1) El hombre, como hombre, sobrepasa la suma de sus partes; 2) el hombre lleva a cabo su existencia en un contexto humano. Su naturaleza se expresa en relación con otros seres humanos; 3) El hombre es consciente; 4) El hombre tiene capacidad de elección; 5) El hombre es intencional, en sus propósitos, sus experiencias valorativas, su creatividad, su reconocimiento de significaciones, etcétera (Sargent, 1973). Misiak y Sexton, al final de su lograda síntesis sobre las características del Movimiento, formulan la definición siguiente:

La Psicología Humanista es un acercamiento polifacético a la experiencia y conducta humanas que centra su atención en la singularidad del hombre y en su autorrealización. Para unos es una alternativa y para otros un complemento de los enfoques tradicionales del conductismo y el psicoanálisis (Misiak y Sexton, 1973, p. 127).

Podemos decir que, en buena parte, pertenecer al Movimiento de la P.H. se traduce en participar periódicamente en los Congresos que organizan las diversas Asociaciones de P.H., en general, o en algunas de las escuelas terapéuticas que la integran, y colaborar o bien en la formulación de su contenido teórico o en la investigación, aplicación y perfeccionamiento de alguno de los diversos modelos psicoterapéuticos y para el crecimiento personal que se sitúan dentro de la línea experiencial humanista.

Antecedentes teóricos

Puede afirmarse, esquemáticamente, que el clan inicial de los que en torno a Maslow organizaron la primera Asociación de P.H. se caracterizaban por provenir principalmente de las corrientes siguientes: 1) Psicólogos de orientación existencial, vinculados principalmente a la metodología fenomenológica. Esta última les exigía una percepción directa de los fenómenos de la experiencia subjetiva, un análisis y descripción tal como aparecen a la conciencia, dejando al margen los propios presupuestos teóricos. El enfoque existencial tiene como aspiración, "entender al hombre en su realidad existencial total, especialmente en su relación subjetiva consigo mismo, con sus compañeros humanos y con el mundo" (Misiak y Sexton, 1973, p. 105). 2) Una serie de autores independientes consagrados a las teorías de la personalidad. 3) Psicólogos provenientes de la tradición psicoanalítica que habían roto con algunos postulados freudianos, contemporáneamente o en generaciones posteriores. No voy aquí a desarrollar estos puntos. En el apartado siguiente se podrá ilustrar, a través de las interpretaciones de dos autores destacados del Movimiento -Carl Rogers y Rollo May- su vinculación a la fenomenología y al enfoque existencial. Pero antes habría que aclarar algunos puntos.

En primer lugar la preocupación expresada por May y Maslow por la ausencia de un suficiente cuerpo teórico, denominador común mínimo del Movimiento, que impida que la multiplicación de escuelas psicoterapéuticas de lugar al olvido de la inspiración inicial, especialmente en cuanto a su convencimiento de que el ser humano sólo podía ser comprendido si se tenían en cuenta la totalidad de sus dimensiones. De hecho el inicial antiintelectualismo que apreció May le llevó a alejarse durante un tiempo del Movimiento. Él se refiere a que lo mismo aconteció con R.H. Murray y otros que luego no se han reintegrado. Pudieron tener la sensación de encontrarse ante otra forma de reduccionismo -el interés exclusivo por la expresión corporal y emocional- cuando era precisamente por su reduccionismo (aparte de cierto dogmatismo), por lo que muchos de ellos se habían distanciado del psicoanálisis ortodoxo (May, 1981). Maslow se lamenta de que algunos seguidores de la P.H., en su nuevo entusiasmo por el "darse cuenta", aparecen dominados por sentimientos anticientíficos y antiracionales (Misiak y Sexton, 1973, p. 125). En su acentuada visión de la P.H. como complementaria de los otros enfoques Maslow llega a afirmar: "Yo soy un freudiano y soy un conductista y soy un humanista..." (*Ibidem*, p. 117).

Otro hecho que deseo indicar es el notable influjo que ha tenido Otto Rank en algunos contenidos teóricos y aspectos terapéuticos de representantes cualificados

del a P.H. Por supuesto que se pueden nombrar a muchos otros como Adler, Jung, Binswanger, etcétera, de los que ahora no puedo ocuparme. Pero quiero subrayar la importancia de Rank por el olvido que se ha producido de él incluso en los escritos de seguidores de sus hipótesis. Como decimos más adelante MacKinnon ha denunciado este olvido -del que él mismo se acusa también-, hasta que cayó en la cuenta de lo que debía a las intuiciones de Rank. La influencia de Rank pesa entre otros puntos en el concepto de "psicoterapia", término acuñado por él, en su enfoque no directivo, en la acentuación de la eficacia curativa de una relación terapéutica afectuosa, en su interpretación del trauma del nacimiento, y del miedo a ser libre, a crear, a crecer (tesis de *El miedo a la libertad*, de E. Fromm), en el fomento de psicoterapias breves cuando ello sea posible, en el reconocimiento de un potencial creador en todo ser humano. Parece que él fue quien se interesó por la importancia de la creatividad de la persona -ya antes de relacionarse con Freud-, cuestión que como se ha recordado constituye una de las dos o tres que identifican los intereses primordiales y diferenciadores de la P.H.

1.2.4. Intento de clasificación de los modelos y técnicas terapéuticas por A. Ancelin Schützenberger

Me limito aquí a ofrecer esquemáticamente la clasificación de los modelos y procedimientos terapéuticos grupales de la P.H., según la interpretación de esta especialista en terapias grupales, profesora en la Universidad de Niza, discípula de Moreno, el cual reclamó su presencia y compañía -como la de otros discípulos destacados- en los días que precedieron a su muerte, experimentada con serenidad y en un ambiente comunitario sumamente gratificante (Schützenberger, 1977).

A. Grupos occidentales de formación y sensibilización.

1. El Análisis Transaccional de Eric Berne.
2. Los grupos de encuentro de William Schutz.
3. Los grupos de drogados (Synanon) de Charles Dederich.
4. Los grupos de confrontación y grupos "Marathon directa".
5. Otras prácticas: T-Group clásico, el "Grupo sin monitor", "Encounter Tapes (cintas de magnetofón para grupos de encuentro)", consejo y reevaluación, etc., etc.

B. Técnicas que utilizan la energía corporal.

1. La vegetoterapia de W. Reich.
2. Análisis bioenergético de Alexander Lowen.
3. Terapias mediante el grito: técnicas del Roy Hart Theatre, Daniel Casriel, Arthur Janov, etcétera.
4. Técnica del "efecto kirlian" de Valentine y Simón Kirlian.

C. Aportaciones orientales integradas en la P.H. (preferentemente técnicas de meditación).

1. El Zen.
2. El "T'ai Chi Ch'uan".

3. El Aikido.
4. Meditación tibetana y tantrismo.
5. Yoga tántrico, "Shakras" y "mantras".
6. La meditación trascendental.
7. El Tai-Do o la "vía del cuerpo".

D. Técnicas de liberación corporal.

1. Masaje y despertar sensorial: B. Gunthery, M. Day, Ch. Selver, etcétera.
2. Toma de conciencia del Movimiento y la postura: M.F. Alexander, R. Laban, etcétera, Ida Rolf, etcétera.
3. Técnica de Moshe Felden Kraiss.
4. Terapia mediante la danza y la expresión-impresión: Laura Sheleen.
5. Técnicas de liberación espiritual mediante el dominio del cuerpo, especialmente la Sofrología.
6. Técnicas transpersonales.
7. Técnicas clásicas de relajación.

Fuera de la clasificación, la autora destaca a tres figuras cuya aportación no ha clasificado dado el influjo generalizado de ellas en la utilización de muchas de las otras. Son, en concreto: El psicodrama de Moreno, los grupos de encuentro (y terapia centrada en el cliente) de C. Rogers, y la Terapia Gestalt de Frederick S. Perls.

2. Posibilidad verificada de colaboración entre la psicología científica y la psicología de orientación fenomenológico-existencial humanista.

2.1. Una investigación empírica de MacKinnon, verificación de una hipótesis psicológico-humanista de Otto Rank.

Hemos podido constatar con interés el claro reconocimiento por parte de MacKinnon de la influencia ejercida sobre él por las teorías de O. Rank, especialmente la que se refiere a las tres fases por las que pasa el hombre en el proceso del desarrollo gradual de su personalidad, que otras veces, como ya hemos visto, se presenta como la descripción de los tres tipos humanos básicos. Es en un artículo titulado *Personality and the Realization of Creative Potential*, (MacKinnon, 1965), donde este autor desarrolla esta cuestión, y en el que nos basamos principalmente en la presente exposición. Anticipamos que para nosotros el principal interés de las aportaciones de Otto Rank, se centra

en el hecho de que la coincidencia de conclusiones entre ambos supone una contribución, por parte de los trabajos empíricos de MacKinnon, en orden a la verificación de las teorías de Rank que, si bien se suponen basadas en sus observaciones clínicas, por el estilo especulativo de su presentación dejan al lector

la impresión de la falta de un trabajo previo de investigación con procedimientos metodológicos científicos

2) en la claridad con que MacKinnon deja constancia no sólo de la coincidencia y dependencia de sus hipótesis respecto a las de Rank, sino del influjo de este autor sobre psicólogos como Sullivan, Rogers, Fromm y Maslow, siendo, de hecho, el predecesor de algunas de sus teorías más significativas, cuestión a la que nos hemos referido en un apartado anterior.

MacKinnon no tiene reparo en confesar que cuando decidió dedicarse a la investigación sobre el problema de la creatividad quiso conocer a fondo todas las aportaciones que en relación con este tema habían presentado autores como Freud, Kris, Kubie, Jung, Maslow, Rogers y Allport. Era consciente de la influencia que sobre sus investigaciones podían tener estos estudios; sin embargo le pasó inadvertida al principio -hasta que hubo dedicado mucho tiempo a recoger datos e interpretarlos- la influencia que pesaba sobre él de los escritos de Rank, que había tenido ocasión de estudiar años atrás: *The Myth of Birth* (1929), *Art and Artist* (1932), y *Truth and Reality* y *Will Therapy* que posteriormente fueron publicadas como un solo libro, *Will Therapy and Truth and Reality* (1945).

Yo me daba cuenta de las influencias de estas ideas [se refiere a los autores citados antes] sobre mi propio pensamiento cuando planeé y emprendí mi investigación sobre la creatividad. Incluso recordé el concepto de Adler del instinto creador, pero no encontré mucha ayuda en él. Pero nunca pensé conscientemente en las teorías de Rank (MacKinnon, 1965, p. 273).

Más adelante afirma que estas teorías eran retenidas por él a nivel de preconsciente. En todo caso queda recalcado por MacKinnon que sus investigaciones empíricas estaban en parte guiadas por hipótesis de psicólogos no científicos que como todos los señalados arriba se pueden encuadrar o bien entre los psicoanalistas o entre los de orientación fenomenológico-existencial-humanista. Se lamenta MacKinnon de que, después de examinar la extensa literatura sobre psicología de la creatividad, no haya podido encontrar una sola cita de Rank cuando este autor fué el que abordó más directamente este tema entre los primeros psicoanalistas, e incluso publicó un estudio sobre el mismo -*Der Kunstler* (El Artista)- antes de entrar en contacto con Freud. A partir de este estudio se vinculó al Círculo de Viena y concentró su atención en aplicar los conceptos del Psicoanálisis para una nueva interpretación del arte, la literatura y las Humanidades.

Comparación entre los tres grupos estudiados por MacKinnon y los tres tipos humanos de Rank.

MacKinnon nos ofrece un estudio comparativo entre las características de tres grupos de arquitectos estudiados por él y las de los tres tipos humanos de la teoría de Rank, en vistas a poder dar una respuesta a cuestiones como la siguiente: ¿Puede comprobarse una correspondencia entre ellas? ¿Se encuentran equivalencias entre cada uno de los tres grupos de arquitectos estudiados por MacKinnon y los tres tipos humanos propuestos por Rank (el conformista, el neurótico y el artista creador)? ¿Equivalen las diferencias entre cada tipo humano del primero a las que se constatan en el segundo? ¿Podemos llegar a la conclusión

de que los estudios de MacKinnon suponen una comprobación empírica del carácter válido de las hipótesis de Rank?.

Para empezar hay que tener en cuenta que MacKinnon había seleccionado tres grupos de arquitectos (denominados grupos I, II y III), según un criterio que llevaba a esperar que entre todos abarcasen un campo suficientemente extenso de niveles de creatividad, que pudiesen ser representativos del conjunto de la profesión. Como procedimiento comprobativo del acierto de dicha selección se procedió a evaluar el nivel de capacidad creadora de cada uno de los 124 arquitectos. Esta evaluación fue realizada por seis grupos de arquitectos y expertos en arquitectura, a saber: los cinco miembros del equipo inicial de la Universidad de California (los que seleccionaron a los que debían ser invitados en el grupo I), diecinueve profesores de arquitectura distribuidos por toda la nación, seis editores de las principales revistas americanas de arquitectura, treinta y dos arquitectos I, treinta y seis Arquitectos II y veintiocho Arquitectos III. La conclusión fue que a cada uno de estos grupos le correspondió como media -en una escala de siete puntos- la calificación respectiva de 5,46, de 4,25 y de 3,54. Si además se tiene en cuenta que dentro de cada grupo se verificaba a su vez una representación de diversos grados de creatividad en sus componentes, de forma que en conjunto abarcaban desde un mínimo de 1,9 hasta un máximo de 6,5 (sobre 7) se tiene que reconocer el carácter representativo, por parte de los grupos, de los diversos niveles de creatividad. Partiendo de estos datos la comparación a realizar tenía que ser necesariamente entre Arquitectos I y el tipo creador de Rank (denominado también el artista o el hombre de voluntad y acción), entre Arquitectos II y el tipo neurótico o conflictivo, y entre Arquitectos III y el tipo adaptado o normal.

Son muchos los rasgos de personalidad cuya correlación con el nivel de creatividad había sido analizada en la personalidad de los arquitectos y cuya posible correspondencia con los rasgos de los tipos de Rank cabía realizar. Aquí nos detenemos en exponer los resultados de esta investigación en relación con tres áreas concretas, a las que MacKinnon dedica la atención, a saber: a) la naturaleza de la socialización del individuo y su comportamiento interpersonal, b) el grado de riqueza o complejidad de su comportamiento psicológico y c) el grado de salud mental que manifiesta. Podemos exponer brevemente las conclusiones de MacKinnon sobre cada uno de estos aspectos.

En relación con las características de afiliación, deferencia, paciencia, intracepción y otras afines, Arquitectos III puntuaban más alto que Arquitectos I, mientras que Arquitectos II se situaban en una posición intermedia. Los resultados eran en cambio los contrarios en las escalas que medían agresión y autonomía. En concordancia con lo anterior se comprende que la aplicación del *California Psychological Inventory (CPI)* diese como resultado que Arquitectos III obtuviesen niveles más altos que el grupo contrapuesto, en características como sociabilización, responsabilidad, auto-control, tolerancia, buena impresión y comunitariedad, y que Arquitectos II ocupasen también aquí una posición intermedia. Esto concuerda asimismo con los resultados de la aplicación del *Fundamental Relations Orientation-Behavior questionnaire (FIRO-B)* según el cual se mantiene la superioridad de Arquitectos III en: 1) deseo de incluir a otros en las actividades de uno, 2) deseo expresado de ser incluido en las actividades de otros, 3) deseo expresado de ser controlado por otros, apareciendo el resultado inverso

respecto al deseo de controlar a otros. En esta ocasión Arquitectos II confirman su característica de doble tendencia o conflictividad -que le asemeja al tipo "neurótico" de Rank- dado que si por una parte se diferencian de Arquitectos III por su menor deseo de incluir a otros en sus actividades y por su mayor deseo de controlar a otros, en cambio coinciden con ellos en su deseo de ser incluidos en las actividades de otros y en su deseo de ser controlados por otros. A la vista de estos resultados y otros semejantes queda confirmado en este punto la concordancia entre MacKinnon y Rank.

En resumen, en el terreno de la socialización y del comportamiento interpersonal encontramos ciertamente una congruencia entre las diferencias reveladas por nuestras tres muestras de arquitectos y las diferencias atribuidas por Rank a estos tres estadios del desarrollo de la individualidad (MacKinnon, 1965, p. 279).

b) Respecto al grado de riqueza y complejidad del desarrollo psicológico se constata que Arquitectos I presenta unas medidas significativamente más altas que Arquitectos III. El grupo de Arquitectos II permanece en una posición intermedia, pero solamente en tres de sus componentes se aprecia una medida significativamente más baja que Arquitectos I, siendo en los demás una diferencia muy tenue. Estos resultados provienen de la aplicación de: el *Minnesota Multiphasic Personality Inventory MMPI*, el *CPI* con sus escalas de flexibilidad y feminidad, el *Welh Figure Preference Test*, el *IPAR Preference for Complexity Scale*, entre otros.

c) El tercer aspecto, en relación con el anterior, viene a centrarse en la cuestión siguiente: ¿está más eficazmente manejada esta mayor riqueza y complejidad por Arquitectos I que por Arquitectos II? Según afirma MacKinnon "podemos notar que Arquitectos II aporta la evidencia de una menor estabilidad emocional o salud personal y al mismo tiempo manifiesta más ansiedad que cualquiera de los otros dos grupos". Es un hecho patente, según los datos recogidos, que Arquitectos II se muestran más conflictivos y psicológicamente turbados que Arquitectos I y Arquitectos III. Sin embargo, en muchas de las medidas de tensión, conflicto y ansiedad, Arquitectos I se sitúan muy cerca de Arquitectos II, lo que lleva a MacKinnon a preguntarse sobre la razón de que esto sea posible. La respuesta se la da el comprobar que los primeros alcanzan la medida superior en el querer o voluntad que por otra parte es concebido por Rank como poder integrativo de la persona como un todo.

MacKinnon muestra además que los datos recogidos sobre las características de los influjos educativos recibidos desde el entorno familiar en la edad infantil por parte de los sujetos creadores se adecuan con el estilo de experiencias interpersonales tempranas que según Rank habían de facilitar un más pleno desarrollo futuro del individuo. Esto supone entre otros hechos:

un extraordinario respeto del padre por el niño y el hecho de concederle desde pronto una libertad no usual en la exploración de su universo y en la realización de decisiones por sí mismo; una expectativa de que el niño actuaría independientemente pero de manera razonable y responsable; una ausencia de intensa intimidad (closeness) entre padre e hijo de forma que no fuese fomentada ninguna sobredependencia ni experimentado un sentimiento de rechazo [...]; la presencia en el interior de la familia de unos esquemas claros de conducta e ideas sobre lo bueno y lo malo; [...] un énfasis sobre el desarrollo del propio código ético de uno; la experiencia de frecuente movilidad dentro de las comunidades, o de comunidad a comunidad, o de región a región que aporta un enriquecimiento de experiencia, tanto cultural como personal, pero que al mismo tiempo contribuye a tener experiencias de soledad,

timidez, aislamiento y actitud solitaria durante la infancia y la adolescencia, la posesión de conocimientos y habilidades que, aunque alentadas y premiadas (gratificadas), fueron sin embargo admitidas para desarrollar con tranquilidad; y finalmente la ausencia de presiones para establecer prematuramente la propia identidad personal (MacKinnon, 1965, p. 280).

Una vez que MacKinnon ha probado la concordancia entre sus conclusiones y la teoría sobre los tipos creador, neurótico y adaptado de Rank, manifiesta su discrepancia sobre la denominación rankiana del tipo neurótico. De los vocablos empleados por Rank para este tipo humano -o fase hacia el pleno desarrollo- MacKinnon prefiere el término "conflictivo", dado que con él queda suficientemente expresado el hecho de la diferenciación y oposición de fuerzas relacionadas con la riqueza y complejidad característica de este tipo humano, como también su mayor propensión hacia procesos neuróticos, en comparación con los tipos adaptado y creador.

A través de esta aportación de MacKinnon hemos visto un ejemplo significativo no sólo de colaboración entre una hipótesis de orientación neopsicoanalítica humanista, sino de verificación empírica de una hipótesis que, si bien Rank la apoyaba en sus observaciones clínicas, no quedaba constancia a través de los adecuados registros de las mismas y no se atendían el mínimo suficiente los requisitos que en la actualidad son imprescindibles en una metodología científica.

2.2. Aportaciones de Carl Rogers: intento de compaginación entre la metodología científica y el enfoque fenomenológico-existencial

En un estudio sobre el problema que nos ocupa, pienso que dedicar la atención a Carl Rogers es de interés primordial, ya que probablemente en ningún psicólogo se ha manifestado como en él el consagrar casi toda su vida al intento de compaginar un trabajo metodológico científico en la línea de la neutralidad neopositivista con una psicología de orientación fenomenológica-existencial, recientemente integrada en el Movimiento de la Psicología Humanista. Rogers constituye el prototipo de los que consideran que no se trata de dos alternativas incompatibles para el conocimiento del hombre, sino de dos enfoques que pueden y requieren complementarse recíprocamente. El enfoque fenomenológico-existencial desarrollará un adiestramiento en el arte de percibir u observar a los individuos sin prejuicios, tal como se manifiestan, y como seres singulares e irrepetibles, y las dimensiones operativas de su personalidad como fenómenos que no deben ser "controlados" y que tampoco -al menos a medida que avanza el proceso de individuación- pueden "predecirse". Asimismo este enfoque favorecerá la capacidad creativa de experimentar intuiciones que darán lugar a hipótesis sobre la naturaleza humana y sus formas de comportamiento. Por otro lado, el rigor de la metodología científica implicará un paciente trabajo de verificación científica de aquellas hipótesis, para distinguir las que se compruebe que se atienen a los hechos reales de las que resultan ser meras manifestaciones de las fantasías o deseos del investigador.

Conviene recordar que también Maslow -que, como se ha indicado, fue un iniciador destacado del Movimiento de la Psicología Humanista- manifestó cierto malestar al comprobar que se abusaba de la expresión "tercera fuerza" -utilizada originalmente por él- dándose pie a interpretar la Psicología Humanista como una alternativa en

contraposición a los paradigmas conductista y psicoanalítico. Maslow pensaba que la psicología científica neoconductista tenía una tarea que realizar dentro de lo asequible a sus requisitos metodológicos, que merecía sus respetos, pero había aspectos de la conducta humana y sobre todo de la personalidad que sólo podían ser afrontados por vías fenomenológico-existenciales. Encontrarse en el marco de este segundo enfoque no implicaba en principio una oposición a la validez de las otras vías de investigación sobre el hombre.

En 1970 Rogers, a pesar de su creciente integración en el Movimiento de la Psicología Humanista -que en su etapa final se tradujo en su plena dedicación a las experiencias grupales para el crecimiento personal- con su característica independencia criticaba a aquélla por su desinterés sistemático respecto a la ciencia.

Creo que tiene muy poco interés por enlazar la Psicología Humanista con la ciencia. Sin embargo, si sólo nos contentamos con hablar mucho de Psicología Humanista, temo que no vamos a hacer nada significativo ni de efectos profundos. La ciencia es el lenguaje de nuestro tiempo. Tiene enormes ventajas, así como también comporta enormes amenazas sociales. Tengo el sentimiento de que si hemos de hacer una psicología humanística que sea completa, hemos de solucionar de algún modo la cuestión de cómo podemos considerar a la gente como seres humanos y, al mismo tiempo, integrados dentro de un modelo científico que los comprenda (Cit. en Gondra, 1978, p. 318, nota 7).

Esta afirmación está muy cerca del modo de pensar de Rollo May, como veremos más adelante. Aquí conviene subrayar que esta declaración de Rogers adquiere especial relieve, si además tenemos en cuenta que desde 1963 -año de su abandono de la Universidad de Wisconsin y su traslado a La Jolla (California) para trabajar en el *Western Behavioral Sciences Institute*- Rogers manifiesta un creciente desinterés por el trabajo al que ha consagrado la mayor parte de su vida: la verificación empírica de las hipótesis formuladas en el transcurso de sus experiencias clínicas. Rogers siente cierto cansancio y pérdida de interés por emplear energías en la elaboración de una psicoterapia científica y prefiere concentrar su atención en cuestiones filosóficas. Hallándose en esta actitud formula sin embargo la citada crítica a sus compañeros psicólogos humanistas por su menosprecio por la ciencia.

J.M. Gondra (1978), a quien tengo aquí principalmente presente en este apartado, presenta abundantes datos a favor del permanente interés que Rogers ha manifestado siempre respecto al trabajo científico, aunque la forma de verificarse haya experimentado un cambio de enfoque en su última etapa. Si anteriormente esta inclinación se había traducido en su abundante trabajo de investigación científica sobre los hechos observados en la experiencia terapéutica y sus consiguientes intentos de elaborar hipótesis de validez científica, en cambio en la última etapa su atención se concentrará en el problema de una filosofía sobre aquel quehacer científico, en el marco de una reflexión más bien filosófica sobre las actividades humanas. Se encuentran frecuentes lugares en los que Rogers recalca con cierto entusiasmo su reconocimiento por lo científico.

En consecuencia, aprecio los conceptos cercanos y caros al núcleo de las ciencias de la conducta. El interés por la conducta observable, la presentación de todas las variables en términos operativos, la verificación adecuada de las hipótesis, el uso de diseños y estadísticas

cada vez más sofisticados, todo esto significa mucho para mí. En mi propia investigación trato continuamente de comprobar su precisión mediante los controles adecuados, diseños complicados de investigación y métodos estadísticos, de manera que no nos engañamos en los resultados. Menciono todas estas actitudes personales, porque, por mi parte, soy decididamente un científico (Rogers, 1965).

En este mismo lugar, subraya su reconocimiento a una serie de desarrollos de la psicología científica incluyendo también las aportaciones de Skinner -a pesar de sus conocidos debates con este autor- sobre las que no tiene inconveniente en declarar que "la clarificación del proceso de condicionamiento operante es una gran contribución que solo estamos en los comienzos de su uso y comprensión" (*Ibidem* p. 184).

En la etapa última, a la que nos hemos referido, Rogers, aparte de sus investigaciones sobre filosofía de las ciencias, manifiesta una convicción de que en una ciencia todavía muy joven como es la psicología es mucho más importante emplear energías en favorecer la intuición creadora de nuevas hipótesis, todavía escasas, que en la medición escrupulosa de las variables. Según interpreta Gondra, parece como si Rogers, al final de su vida, después de muchos años de luchar por alcanzar una conciliación entre los dos puntos de vista científico y filosófico, que constituyen como el dilema de su vocación personal, se encontrase algo cansado y con la necesidad de "escoger entre la riqueza de la existencia humana o entre el rigor de la ciencia, parece como si Rogers terminase por inclinarse hacia el primero y renunciase al segundo" (Gondra, 1978, p. 317).

Una vez más se expresa en la singular posición de Rogers su personalidad acentuadamente independiente, unida a su aspiración a un nuevo modelo de ciencia claramente apta para la investigación de la persona humana y del que no pasa de trazar unas líneas muy generales e insuficientes. En esta posición inconformista, y en su empeño en elaborar las bases de una ciencia de la subjetividad, Rogers dejará probablemente descontentos tanto a los conductistas como a los terapeutas existenciales: aquellos rechazarán el carácter científico de su nueva teoría sobre la ciencia, y éstos le achacarán la práctica de una terapia excesivamente objetiva. Pero esto no impedirá que en torno a Rogers se aglutinen un gran número de psicólogos más identificados con sus actitudes fundamentales y su independencia que con la materialidad de sus diversas hipótesis sobre la terapia centrada en el cliente y su concepción optimista de la naturaleza humana (considerada por muchos excesivamente rousseauniana) y formarán un sector importante de los vinculados al Movimiento de la Psicología Humanista. Hay que tener en cuenta que Rogers, en un acto plenamente coherente con sus manifestado recelo hacia la consolidación de una escuela, casi ha provocado la disolución de la Escuela de la "terapia centrada en el cliente" y ha favorecido su integración en el marco de la psicología existencial y humanista.

Gondra distingue, al analizar la actividad científica de Rogers, su implícita concepción fenomenológica de la ciencia, su integración gradual en un enfoque existencial y la posterior formulación más explícita de su concepción peculiar de la ciencia humana. Rogers recibió un influjo importante de Otto Rank y de su denominada Terapia de Relación cuyas características principales pueden resumirse esquemáticamente en: 1) Es una terapia que sólo se aplica a personas que decidan libremente solicitarla como ayuda personal; 2) Subraya el efecto curativo de una

experiencia satisfactoria de relación interpersonal; 3) El cliente dispone de un clima que le favorece un alto grado de confianza y libertad para la expresión de sus pensamientos y sentimientos a un terapeuta que, por otra parte, establece una vinculación emocional controlada que le permite mantenerse algo distanciado; 4) La terapia concede primordial importancia a la creación de una atmósfera de libertad; 5) Los efectos terapéuticos principales son la identificación más clara de los propios sentimientos y pensamientos y la plena aceptación de sí mismo; 6) Se confía plenamente en el cliente para el criterio de elección de la estrategia adecuada; 7) Se considera que la situación terapéutica constituye por sí misma un aprendizaje (Gondra, 1978, pp. 23s.). Es fácil apreciar la semejanza entre estos rasgos y algunas de las características peculiares de la terapia rogeriana en sus diversas etapas. Sin embargo Rogers no acepta la actitud rankiana de desinterés por lo científico, decidiendo por contraste consagrarse a una investigación científica del proceso terapéutico, que constituye el primer intento de este género y que le conduce a la determinación de unas técnicas concretas que se estructuran en la denominada "terapia no directiva".

A partir de los años 1944-1946 se produce un cambio en su terapia que conduce a la nueva denominación de terapia centrada en el cliente", que abre una etapa caracterizada principalmente por no concentrar la atención ante todo en las técnicas a emplear sino en el intento de comprender al cliente tal como él se ve a sí mismo. Dejando de lado las tendencias a diagnosticar, evaluar, formular pronósticos y dirigir sutilmente al individuo, la terapia se debe reducir a "un solo proyecto: ofrecer una comprensión y aceptación profundas de las actitudes conscientes del cliente en el momento en que explora paso a paso las áreas peligrosas que ha estado negando a su consciencia" (Rogers, 1946, p. 421, Cit. en Gondra, 1968, p. 64). Esta etapa se encuentra muy incluida por el enfoque fenomenológico. El objetivo del psicólogo debe ser el de percibir sin prejuicios los hechos que le manifiesta el cliente y tratar de encontrar un orden interno en los mismos. Lo importante de la ciencia psicológica es el desarrollo de una elevada capacidad de observación de los hechos tal como se presentan en la realidad natural (no en el laboratorio) y una intuición creadora. No se trata de encontrar explicaciones causales, sino de elaborar descripciones muy matizadas de los fenómenos captados en vistas a la comprensión de los mismos. Esta metodología fenomenológica no le impide a Rogers realizarla con el empleo del lenguaje científico y con la formulación de hipótesis que luego han de pasar por la prueba de la verificación empírica (Gondra, 1978, p. 323). Pero esta etapa, en comparación con el enriquecimiento posterior del enfoque existencial se encuentra caracterizada para el cliente por unas limitaciones derivadas del intelectualismo fenomenológico, de la limitación a lo verbal y a la reconstrucción del sí mismo individual.

El cliente, por su parte, se siente aceptado, seguro y libre, pero no se siente "amado". El clima de seguridad y de libertad, no permite ninguna concesión al sentimiento. No habla con otra persona, sino con un instrumento de comprensión que se escuda detrás de un papel de resonador o espejo, con un terapeuta que no manifiesta nada suyo, como no sea interés, comprensión y respeto (Gondra, 1978, p. 323).

La ciencia tiene su comienzo en una persona particular que está persiguiendo metas, valores, propósitos que para ella tienen un significado personal y subjetivo. Como parte de este intento el científico, en un área determinada, 'desea encontrar algo'. En consecuencia, si es buen científico, se sumerge dentro de la experiencia relevante [...] (Rogers, 1961, p. 216).

La parte objetiva del trabajo científico, la verificación de las hipótesis subjetivas, constituirá para Rogers una dimensión de la ciencia subordinada a intuición creadora. "De este modo, la metodología científica es vista en su verdadera dimensión, como un medio de impedir que me engañe en mis intuiciones subjetivas elaboradas de un modo creativo, y extraídas de mi relación con el material" (*Ibidem*).

Si la aspiración rogeriana de constituir un nuevo modelo científico -del que hasta el momento no ha logrado más que esbozar aspectos muy generales- fuese compartida por un sector importante de los que hoy se encuentran cercanos a él, en el Movimiento de la Psicología Humanista, podríamos prever el posible surgimiento de un nuevo paradigma psicológico -que para muchos hubiera supuesto una revolución interna en el paradigma psicoanalítico- pero que habría nacido con una vocación no de alternativa sino de complementariedad respecto a los paradigmas E-R, R-R y cognitivo.

2.3. Rollo May: la percepción del hombre como objeto y como sujeto, dilema existencial.

2.3.1. Aportación de May en la Psicología Humanista.

Rollo May puede ser considerado como el representante más destacado de la Psicología Existencial americana, integrado en el Movimiento de Psicología Humanista y participante activo y respetado en los congresos anuales que los seguidores de dicho Movimiento celebran tanto en Estados Unidos como en Europa. No faltó su participación en el congreso europeo que tuvo lugar en Roma en septiembre de 1981, y en el que estuve presente. Tras un breve período de desvinculación del Movimiento, al que me he referido más arriba, debido a los excesos antiintelectualistas que detectó en él, May decidió permanecer vinculado a la organización, según confirmó el Congreso de 1966, y sintiéndose responsabilizado en atender seriamente las críticas dirigidas a la Psicología Humanista -lo cual constituyó parte del contenido del indicado congreso- y colaborar con su trabajo en la dilucidación de una teoría adecuada para el mismo. Incluso llega a afirmar que desde hace años sintió el convencimiento de que "si no hubiésemos contado con dicha organización denominada Psicología Humanista, sería necesario fundar una y llamarla con el mismo nombre" (May y otros [1963], p. 72). Parece como si May valorase el auge adquirido en los últimos veinte años por el movimiento de las "técnicas grupales para el crecimiento personal", actividad principal que materializa la P.H., e intuyese la posibilidad de un enriquecimiento o ayuda recíproca entre el Movimiento de P.H. y la Psicología Existencial. La aportación de aquel consistirá principalmente en la vitalidad y creatividad creciente de sus experiencias terapéuticas, pedagógicas y lúdicas, practicadas por numerosos seguidores que a veces pueden reflejar un exceso prematuro de entusiasmo acompañado de cierta actitud mesiánica. La aportación del enfoque existencial sería contribuir a la profundización del cuerpo teórico diferenciador de un Movimiento que podría acabar dando lugar a un nuevo paradigma. Sería como atender a la sugerencia de Maslow (aunque éste sólo se refiera a la fundamentación filosófica):

Resulta de mucha importancia para los psicólogos que los existencialistas puedan ofrecer a la psicología la filosofía subyacente de que carecen en la actualidad. El positivismo lógico constituyó un fracaso, especialmente para los psicólogos clínicos y de la personalidad. De todos modos, los problemas filosóficos básicos volverán a discutirse, y quizás los psicólogos

dejen de confiar en pseudosoluciones o en filosofías inconscientes, no sometidas a examen, que recogieron en su niñez (Maslow, en May y otros, 1963, p. 61).

Más adelante añade en el mismo texto:

Es posible que el existencialismo no se limite a enriquecer la psicología; también puede constituir un empuje adicional hacia el establecimiento de otra rama de la psicología, la psicología de la propia persona, auténtica y plenamente desarrollada, y de sus maneras de ser (Ibidem, p. 68).

Maslow no disimula su preferencia -como la de otros colegas- por el estilo de los escritos iniciales de norteamericanos simpatizantes del existencialismo: Allport, Rogers, Fromm, Horney, May, etcétera, que en comparación con los grandes alemanes Heidegger y Jaspers le resultan más inteligibles y más empíricos, más cercanos a los hechos brutos (*Ibidem*, p. 60).

Precisamente por ello, al tratar aquí de integrar las aportaciones de May en el tema que me ocupa, me encuentro con dificultades muy diferentes a las que implicaría una síntesis de Jaspers, por ejemplo; ya que salvo su obra *Love and Will*, las restantes constituyen colecciones de artículos y conferencias, o bien capítulos integrantes de obras colectivas, echándose de menos, por el momento, exposiciones sistemáticas en las que el lector pueda captar de forma más global y precisa la aportación del autor. Sin embargo en cierta forma puede considerarse este estilo menos sistemático el más coherente con la actitud existencial, y el que facilita más la transmisión de unas cuestiones filosóficas -aparte de las más propiamente científicas- a unos lectores, incluidos los psicoterapeutas, que sólo excepcionalmente abordarían la lectura de obras del estilo de las de Jaspers y Heidegger.

2.3.2. La percepción del hombre como objeto y sujeto, dilema existencial.

Para May el ser humano se encuentra ante un dilema existencial que "emerge de la capacidad del hombre para vivir a la vez como sujeto y objeto. Ambas vivencias son necesarias, para la ciencia psicológica, para la terapia y para una vida placentera" (May, 1978, p. 21). Un error frecuente consiste, según él, en la actitud simplificadora por la que se trata de evitar el dilema negando uno de sus extremos. En psicoterapia este dilema se manifiesta en que puede percibirse al paciente desde dos puntos de vista: o como un organismo que, según los diagnósticos, se adecua en mayor o menor grado a determinado modelo, o como un sujeto singular e irrepetible con el que se establece una relación interpersonal y con el que se ejercita una actitud de empatía que facilita comprender mejor el significado de su lenguaje verbal y no verbal.

Un colega psicoterapeuta señala que alterna como en un partido de tenis entre ver al paciente como un objeto, cuando piensa en modelos, dinámica, prueba de realidad y otros aspectos de los principios generales con los que se relaciona la conducta del paciente; y como un sujeto, cuanto siente empáticamente el sufrimiento del paciente y ve el mundo a través de su punto de vista (May, [1967] 1978, p. 23).

Esta complementariedad de actitudes o percepciones se requiere, según May, tanto en el terapeuta, como en el científico de la psicología, como en todo ser humano que quiera respetar en su vida cotidiana la complejidad de la realidad humana, sin negar ni su vertiente condicionada y manipulable, ni la zona de su libertad o creatividad. Según May la libertad equivale a la capacidad de vivenciar de forma

dialéctica ambas vertientes en uno mismo. Tiene presente la afirmación del físico Heisenberg cuando le subrayó que consideraba una ilusión la creencia en la posibilidad de observar la naturaleza como un objeto externo separado del sujeto y se lamenta de que en la psicología se fomente esta actitud, cuando en esta ciencia, al tener que utilizar el investigador los mismos procesos cuyos mecanismos y estructuras trata de descifrar, la simplificación que se produce resulta incomparablemente más grave que en la física.

Notemos que May recalca la complementariedad de ambos enfoques como un requisito también en el trabajo científico, acercándose mucho su posición conciliadora a la de Rogers descrita más arriba. Una vez más no aparece ningún menosprecio a la posible aportación científica objetivadora del psiquismo humano. Este autor se sitúa, según su propia declaración, dentro de la tradición del filósofo y psicólogo William James, en cuyo pensamiento se encuentran grandes afinidades con el enfoque existencial compaginadas con una actitud respetuosa de la objetividad científica. En James se había simultaneado -como señala Adrian van Kaam- la elaboración de la psicología descriptiva con la explicativa.

James trató de preservar el carácter de complemento mutuo de ambos puntos de vista, cosa que sólo es posible sobre la base de una teoría del hombre en tanto fuente integral de la experiencia, de una teoría de un modo original de existir, de una fenomenología del mundo experimentado, fenomenología implícita en James (May y otros, 1963, p. 14).

El enfoque existencialista de James se traduce por ejemplo cuando afirma que una verdad no pasará de ser una mera idea abstracta a menos que el sujeto a quien llegue pueda experimentarla o vivenciarla auténticamente en los distintos niveles de su ser; sólo así constituirá una verdad operativa con capacidad transformadora. Ahora bien, May no comparte el extremismo sartriano reflejado por ejemplo en la declaración: "Somos lo que elegimos". De hecho May sigue reconociendo la validez del enfoque científico objetivo, "La validez de las consideraciones basadas en el condicionamiento, la formulación de los impulsos, el estudio de los distintos mecanismos, etcétera" (*Ibidem*), lo que rechaza es la pretensión de poder alcanzar una imagen aceptable sobre el hombre a partir únicamente de tales métodos.

Refiriéndose a la conocida polémica entre Skinner y Rogers, considera que en ambos -aunque sus críticas se dirigen más bien hacia el primero- se produce un proceso de simplificación por no asumir las dos dimensiones del dilema. May no acepta que la experiencia subjetiva -y el control interno- queden plenamente subordinadas al control externo como hecho inevitable, aparte de las situaciones de laboratorio y hospital. Considera que la terapia ofrece pruebas constantes de que los individuos reaccionan ante su medio de una forma que tiene relación con su experiencia interna, con sus vivencias pasadas, y que realizan una interpretación del medio a través de sus símbolos, esperanzas y temores (May, 1967, p. 32). Sin embargo tampoco acepta la posición de Rogers en dicho debate al reducir lo significativo únicamente al control interno. La hipótesis de Rogers según la cual todo ser humano es, en el fondo, altamente racional, realista, siempre que haya podido experimentar una relación interpersonal satisfactoria -caracterizada por la "congruencia", el respeto y la aceptación de todos los sentimientos- lleva consigo el peligro de perder la capacidad de percibir el lado irracional y no libre del hombre. De hecho en la experiencia terapéutica rogeriana con esquizofrénicos, llevada a cabo en la Universidad de Wisconsin, May y otros jueces de las grabaciones

constataron la dificultad de los rogerianos para reconocer la presencia de comportamientos hostiles o agresivos, lo cual condujo incluso a Rogers a preguntarse si se debía a una falta de conciencia de los propios sentimientos negativos de los terapeutas. El mismo Rogers posteriormente hace declaraciones que manifiestan su acuerdo sustancial con la postura de May; y la necesidad de aprender a vivir aceptando el dilema:

Es mi convicción que parte de la vida moderna reside en enfrentarse a la paradoja que afirma que visto desde cierta perspectiva el hombre es una máquina compleja [...]. Por otra parte, en otra dimensión de su existencia el hombre es subjetivamente libre; su elección personal y su responsabilidad dan cuenta de su propia vida (Cit. en May, [1967] 1978, pp. 36s.).

2.3.3. Enfoque fenomenológico y existencial de la terapia. Relaciones entre la fenomenología y la psicoterapia

Para May, de alguna manera todo terapeuta tiene una respuesta, al menos implícita, a la pregunta: "¿Qué hace de este ser un ser humano?", la cual constituye un presupuesto filosófico de su ejercicio terapéutico. Es preferible que cada uno capte con claridad cuáles son tales presupuestos de su percepción de las personas. Aquí nos encontramos, según May, con una cuestión en la que los psicoterapeutas pueden recibir una ayuda importante de la fenomenología como método para entender mejor lo esencial del ser humano, para llegar a poder comprenderle. Para ilustrar los inconvenientes que se derivan de no resolver esta cuestión (May [1967], pp. 158-173) se refiere a las ambigüedades que a causa de aquella omisión caracterizan a conceptos como: salud y enfermedad, psicoterapia como relación entre terapeuta y paciente, inconsciente, etcétera. En cuanto a los primeros aparece un gran riesgo de que se deduzca la imagen del hombre normal a partir de la percepción de sujetos enfermos, de aquellos que no logran adaptarse a su sociedad y recurren a la ayuda psicológica. Salud resulta entonces un concepto vacío que se reduce a lo que no es enfermedad, y que puede acabar constituyendo un mero reflejo de la cultura y las técnicas del terapeuta. De modo similar puede ocurrir con el concepto de "transferencia" cuando, como en la teoría freudiana, no va precedido o enmarcado en el contexto del concepto más básico de "encuentro interpersonal", del cual aquella constituye una expresión distorsionada.

La psicología y psicoterapia existencial lleva consigo un nuevo modo de ver al paciente -de acuerdo con la fenomenología- de vivenciarlo más que de observarlo, dejando de lado en la actitud receptiva los esquemas teóricos e intentando apreciar únicamente los hechos "tal como se manifiestan" lo cual requiere un alto grado de disciplina en el observador. Éste debe, para ello, tener conciencia de cuáles son sus presupuestos teóricos y someterlos periódicamente a un examen -también por vía de verificación empírica- para reducir su posible efecto de distorsión. Un presupuesto teórico básico lo constituye la propia imagen sobre lo que hace que alguien sea un ser humano.

May es consciente de cuáles son para él las características esenciales que constituyen la individualidad de un paciente. Un resumen esquemático de las mismas puede ser como sigue: 1) La neurosis es el método que utiliza un individuo para preservar su propio centro y con ello su existencia. 2) Todo ser humano tiene la necesidad de preservar su centro, es decir, de autoafirmarse. 3) Asimismo, tiene la necesidad y posibilidad de salir de su centro en vistas a relacionarse con otros seres. 4) La dimensión subjetiva del tener un centro es el darse cuenta (*awareness*)

(5). La autoconciencia es una forma peculiar y exclusiva del hombre de "darse cuenta" o ser consciente de los hechos. Constituye nuestra experiencia de nosotros mismos como sujetos que poseen un mundo. 6) La ansiedad es el estado del ser humano en la lucha contra lo que podría destruir su ser.

Con estas proposiciones queda esquematizado el enfoque existencial de la terapia, tal como lo interpreta May, que tiene como única base el dato concreto del encuentro interpersonal entre un terapeuta y un paciente en el consultorio, que evita alejarse en sus interpretaciones de las características distintivas del viviente humano, y que sin negar la presencia en él de energías y mecanismos rechaza el basar una comprensión sobre el hombre primordialmente en conceptos físicos.

Conclusión

Al concluir este trabajo deseo insistir en algunas hipótesis que han sido presentadas en él, y que a mi juicio merecerían pasar por sucesivas verificaciones.

1. Aún en el caso de que se considere aceptable la afirmación de que la fenomenología no puede constituir de por sí una metodología científica, parece que la colaboración entre investigaciones científicas -en el marco de los paradigmas E-R, R-R y cognitivo- e investigaciones fenomenológicas, pueden contribuir a ayudas enriquecedoras para ambas partes. Rogers -a pesar de que en su última etapa abogó por la necesidad de inventar un nuevo modelo de ciencia, adecuado para el estudio de la persona humana- es un testigo valioso de la compaginación en una sola persona (lo cual no parece lo normalmente aconsejable) de ambas vías de acceso al conocimiento del organismo humano.

2. Es un hecho comprobable que entre un sector de psicólogos que trabajan desde distintas posturas se da actualmente una actitud de respeto a las posibles aportaciones de los demás, y de convencimiento de la complementariedad entre los enfoques más objetivistas respecto a los más fenomenológicos. Pueden encontrarse en ambos campos no pocos representantes de esta actitud conciliadora. Aquí me he ocupado de tres casos: MacKinnon, Rogers y May.

3. En cuestiones relacionadas con la investigación de la personalidad, y las manifestaciones complejas y peculiares del ser humano: creatividad, conciencia de los valores, vivencia amorosa, capacidad de elegir, proceso de autorrealización del hombre, etcétera, van surgiendo hipótesis en el marco de la Psicología Humanista, que tal vez puedan, al menos en parte, ir gradualmente pasando por la criba de la verificación empírica, a cargo de la comunidad de los científicos. Entretanto, con palabras de A. Caparrós,

¿es que la comunidad de los científicos puede y debe prescindir de quienes impulsados por los motivos que fueren se interesan por su mismo objeto? ¿acaso no necesita esa comunidad que lo que de este objeto trascienda a lo históricamente tematizable desde su perspectiva epistemológica actual le sea planteado como componente irrenunciable, aunque aún inalcanzable de ese mismo objeto? (Caparrós, 1979, p. 423).

Reclamaciones en sentido contrario, dirigidas a los psicólogos humanistas contra el menosprecio de la ciencia tampoco han faltado, y en este trabajo se ha hecho referencia no sólo a las de Rogers y May, sino también, entre otras, a las de Maslow, figura clave en los inicios de este Movimiento.

4. En cualquier caso, los vinculados al Movimiento de P.H. harán bien en tomar nota de las advertencias que le han dirigido entre otros Rogers, Maslow y May, y de las quejas de quienes como Murray se desvincularon del mismo, después de un inicial interés y seguimiento. Superadas felizmente las que el mismo May ha dado en llamar -en ocasión del Congreso Europeo de P.H. en Roma de 1981- sus etapas de infancia y adolescencia podría entrar ya en su adultez, y para ello consolidar su reconsideración del cuerpo teórico mínimo que requiere para mantener una cierta identidad paradigmática, aunque se considere no científica. Para ello, como se ha tratado de mostrar aquí, la reinterpretación de las teorías fenomenológico-existenciales podrán constituir la mejor ayuda, aparte de su diálogo con los paradigmas científicos, particularmente el R-R y el cognitivo.

Referencias bibliográficas

- BISCHOF, L.S. (1977). *Interpretación de las teorías de la personalidad*. México: Trillas.
- BORING, E.G. (1979). *Historia de la psicología experimental*. México: Trillas.
- BROWN, M. y KAHLER, T. (1978). *Notations: A guide to T. A. literature*.
- BUGENTAL, J.F.T. (1965). *The search for authenticity. An existential-analytic approach to psychotherapy*. New York: Holt, Rinebart and Winston.
- BUGENTAL, J.F.T. (1967). *Challenges of Humanistic Psychology*. New York: Mc Graw-Hill.
- BUHLER, Ch. y ALLEN, M. (1972). *Introduction to humanistic Psychology*.
- CAPARROS, A. (1978). La psicología, ciencia multiparadigmática, *Anuario de Psicología*, 19, 80-109.
- CAPARROS, A. (1979). *Introducción histórica a la psicología contemporánea*. Barcelona: Rol.
- CAPARROS, A. (1980). *Los paradigmas en psicología (Sus alternativas y sus crisis)*. Barcelona: Horsori.
- COPLESTON, F. (1980). *Historia de la Filosofía*, vol. IX: De Maine de Biran a Sartre. Barcelona: Ariel.
- FEYERABEND, P. (1975). Consuelos para el especialista, en I. Lakatos y A. Musgrave (Eds.). *La crítica y el desarrollo del conocimiento*. Barcelona: Grijalbo, pp. 345-389.
- GONDRA, J.M. (1978). *La Psicoterapia de Carl R. Rogers*. Bilbao: Desclée de Brower, (2ª ed. corregida).
- KUHN, T.S. (1962). 1980. La estructura de las revoluciones científicas. México: F.C.E., (5ª reimpresión)
- MACKINNON, D.W. (1965). Personality and the Realization of Creative Potential, *American Psychologist*, 20, pp. 273-281.
- MASLOW, A.H. (1968) 1973. *El hombre autorrealizado*. Barcelona: Kairos.
- MAY, R. (1967) 1978. *El dilema existencial del hombre moderno*. Buenos Aires: Paidós, 3ª ed.
- MAY, R. (1971). *L'amore e la Volonta*. Roma: Astolabio.
- MAY, R. (1981). *Il movimento della Psicologia Umanistica*, en "Psicoterapia Umanistica", abril.
- MAY, R. y otros (1963). *Psicología existencial*. Buenos Aires: Paidós.
- MAY, R. y otros (eds.) (1967). *Existencia, Nueva dimensión en psiquiatría y en Psicología*, Madrid: Gredos.
- MISIAK, H. y SEXTON, V.S. (1973). *Phenomenological, Existential and Humanistic Psychologies*. New York: Grune Stratton.

- MURPHY, G. (1958). *Human potentialities*. New York: Basic Books.
- RANK, O. (1972). *El trauma del nacimiento*, Buenos Aires: Paidós.
- RANK, O. (1976). *Volonté et psychotherapie*. Paris: Payot.
- ROGERS, C.R. (1946). Significant aspects of client-centered therapy. *American Psychologist*, 1, 415-422.
- ROGERS, C.R. (1961) 1968. *Le développement de la personne*. Paris: Dunod.
- ROGERS, C.R. (1965). Some thoughts regarding the current philosophy of the behavioural sciences. *J. Humanistic Psychology*, 5 (2) pp. 182-194.
- ROGERS, C.R. (1978). *Orientación psicológica y psicoterapia*. Madrid: Narcea.
- SARGENT, S.S. (1980). *Enfoque humanístico de la personalidad*, en B.B. Wolman (Ed.), *Manual de psicología general*, vol. IV, Barcelona: Martínez Roca, pp. 342-359.
- SCHUTZENBERGER, A.A. (1980). *Nuevas terapias de grupo*, Madrid: Pirámide.